

Estocolmo

Quería hablar, pero un pañuelo me lo impedía. Quería moverme, pero estaba maniatada de pies y manos. Quería poder mirar a mi alrededor, pero una venda cubría mis ojos. Se estaba acercando. Oí cómo abrió la puerta bruscamente y sentí como me dejó con agresividad un plato de comida en el regazo. “Muy amable”, pensé. Todo aquello era lo más bonito que me había pasado. Nunca nadie se había preocupado tanto por mí. Jamás se habían tomado tantas molestias en saber quién era, dónde vivía, o a qué hora salía de mi casa para poder llevarme con él. Crecí en un barrio acomodado y mis padres trabajaban los dos. No tenía muchos amigos y siempre estaba sola o con una niñera. Pasábamos las vacaciones en el extranjero, teníamos una casa grande y compraban todos mis caprichos y más, pero pocas veces recordaba que me hubieran dado algo de cariño o amor. Además de darme agua y comida, me había dado un lugar seguro y tranquilo donde descansar, sin sentir estrés, ni la necesidad de hacer nada. Me limitaba a existir y a recibir la atención que nunca me había permitido tener. Si me seguía trayendo comida y bebida, eso significaba que le importaba. Podría haberme asesinado días atrás, sin embargo, no lo había hecho. Gracias a él seguía viva y le debía la vida por ello. Gracias a él ahora apreciaba las cosas sencillas de la vida. Era feliz, pero me preocupaba la idea de salir de allí, de que me separaran de su lado. Estaba convencida de que mis padres habrían removido cielo y tierra para encontrarme y ahora todo el mundo me estaría buscando. Me hubiera gustado decirles que no, que no volvería con ellos, que no volvería a ser infeliz, pero fue en ese momento cuando escuché un coche acercarse a toda prisa y el ruido de la sirena que resonaba en mi cabeza: habían dado con nosotros. Entró a toda pastilla en la estancia, me quitó la venda de los ojos y me desató de la silla. Me agarró del brazo y salimos apresuradamente de lo que parecía una casa abandonada. Salimos o entramos a una zona de campo que se notaba descuidada. Mientras tanto, las sirenas continuaban resonando en mis oídos. De pronto estábamos rodeados. Policías, guardias civiles, y algo más a lo lejos la prensa nos cortaban el paso. Todos tenían sus armas en posición hacia nosotros, pero solo me aterrorizaba la idea de que me lo arrebataran. No me había llegado a desatar las manos así que estaba muy incómoda. Sin yo esperármelo, sacó una pistola y me la puso en la cabeza. Apretaba con fuerza la sien y me hacía daño. Rápidamente, todos se pusieron alerta y en posición. Intentaron convencerle de que bajara la pistola, pero no lo conseguían. Yo estaba convencida de que solo lo hacía para protegerme, porque sabía que no era feliz y quería librarme de aquello, y si la única forma de terminar con mi dolor era quitándome la vida, lo haría solo porque me quería. En un momento de tensión en el que el silencio era sepulcral, se oyó un disparo que venía de lejos. Me quedé paralizada por un momento y me giré a mirarle. Habían sido tan solo unas milésimas, pero habían servido para acabar con él. Recuerdo verle tirado en el suelo, con los ojos abiertos y sin ningún signo de vitalidad. Acto seguido caí al suelo y comencé a llorar desconsoladamente. Le sacudí para intentar reanimarlo pero no sirvió de nada. Atisé a lo lejos a mis padres que venían corriendo. Comenzaron a abrazarme y a decirme que todo había terminado. No, no había terminado, mi dolor no terminaría jamás. Era el único ser que me había proporcionado algo de cariño, y me lo acababan de arrebatar.

Por Violeta García Quesada

